

LOS PARTIDOS COMUNISTAS

Jesús Sánchez Rodríguez

El presente texto fue elaborado como una de las partes introductorias a una tesis doctoral sobre el PCE, y su objetivo era hacer una presentación sucinta del significado de los Partidos Comunistas - haciendo referencia a su modelo clásico - a través de tres aspectos diferentes: la posición de los clásicos del marxismo sobre ellos; su origen, evolución y composición social; y el análisis de algunos de los principales politólogos que les han estudiado y que destacan aspectos diferentes. A pesar de todo, es evidente que no se trata de un estudio en profundidad sobre un tema que es complejo y controvertido como queda explícito en el propio texto.

Aunque se van a describir las características generales de los partidos comunistas globalmente, en realidad los rasgos que se expondrán a continuación corresponden a los de los partidos comunistas de la Europa occidental, y esto por dos razones: La primera es la concentración mayoritaria de los efectivos comunistas a nivel mundial en Europa, en sociedades industrializadas y con una presencia importante del proletariado, frente a, por ejemplo, las sociedades asiáticas, con importantes partidos comunistas pero predominantemente agrarias. La segunda es que los partidos comunistas de los países del socialismo real han tendido a fusionar sus estructuras con las del Estado y por esta razón se alejan de los objetivos que aquí se analizan.

LA CONCEPCIÓN DEL PARTIDO EN EL PENSAMIENTO MARXISTA.

Marx y Engels

Hay dos aspectos estrechamente relacionados a la hora de analizar el concepto de partido en la teoría de Marx y Engels: El primero tiene que ver con la manera mediante la cual los trabajadores se elevan desde su experiencia concreta hasta la conciencia de clase que les transforma en un sujeto histórico colectivo que lucha por la transformación de la sociedad. El segundo aspecto se refiere a la propia concepción del

partido obrero, y en concreto, al partido de los comunistas. Como veremos, la relación entre ambos aspectos viene dada por la propia coherencia del discurso.

En relación con la forma en que la clase trabajadora adquiere una conciencia revolucionaria son conocidas las dos posiciones que se han enfrentado en el seno del pensamiento marxista. Una de ellas sostiene que la clase trabajadora se eleva sin solución de continuidad desde sus experiencias concretas de explotación, opresión y lucha hasta adquirir conciencia clara de sus intereses como tal clase y plantearse la transformación radical de la sociedad. La otra posición, por el contrario, afirma que la clase trabajadora por sus propias fuerzas solo puede conseguir elevarse hasta una conciencia sindicalista, es decir, una conciencia que la hace luchar por mejorar lo máximo posible en el seno de la sociedad capitalista sin plantearse nunca su superación, lucha que no tiene por qué limitarse simplemente al terreno sindical o reivindicativo, sino que, de hecho, se extiende al terreno político pero sin plantearse en ningún momento reivindicaciones que tiendan a superar el marco del capitalismo; desde este punto de vista la conciencia revolucionaria solo puede ser introducida en el proletariado desde fuera, sea esta instancia exterior los filósofos, los intelectuales burgueses que han asumido la causa del proletariado, y cuya elaboración teórica es devuelta a los trabajadores en forma de conciencia socialista, o el partido de profesionales del que forman parte no sólo los intelectuales sino también los trabajadores que han asimilado el marxismo

La posición de Marx va ser evolutiva respecto a este tema, como destaca Michael Lowy¹, al que seguiremos fundamentalmente en esta parte. Este autor indaga la evolución del pensamiento de Marx al respecto a través de sus obras y artículos. La posición de partida está contenida en el artículo *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* publicado en los *Anales franco-alemanes*, en febrero de 1844. En este artículo Marx sitúa el nacimiento del socialismo en la cabeza de los intelectuales; la filosofía, o los filósofos, son para Marx la cabeza de la revolución en la cual el proletariado es el “arma material”, el órgano de ejecución. Su tesis de este momento, a pesar de ser abandonada por el propio autor, va a entroncar primero con Kautsky y luego, lo que es más importante, con Lenin, operándose una transformación, y lo que en Marx eran los filósofos en Lenin será el partido. Unos meses más tarde es patente el cambio de actitud en las *Glosas marginales sobre el artículo “El rey de Prusia y la*

¹ Michael Lowy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1973

reforma social. Por un prusiano” publicadas por Marx en agosto de 1844; un acontecimiento que media entre ambos trabajos es el responsable de esta corrección, se trata de la rebelión llevada a cabo por los tejedores de Silesia. Con respecto a la *Introducción...* aparecen ahora tres elementos novedosos: por un lado, se cancela la separación entre pueblo y filosofía; en segundo lugar, el socialismo deja de aparecer como una teoría producto de las reflexiones de los filósofos para concebirse como resultado de una praxis y, por último, el proletariado aparece definitivamente como el elemento activo de la emancipación. Esta evolución ya ha terminado de asentarse en la *Ideología alemana*, obra conjunta de Marx y Engels escrita entre septiembre de 1845 y mayo de 1846, donde la toma de conciencia por el proletariado aparece ahora como el fruto de su propia praxis revolucionaria mediante un proceso escalonado en tres etapas: en principio, el proletariado se convierte en clase mediante su lucha contra la burguesía; dicha lucha le empuja a emplear procedimientos revolucionarios, aún cuando su acción no tienda conscientemente a poner en tela de juicio el régimen burgués; finalmente, es a través de esta práctica revolucionaria como nace y se desarrolla la conciencia comunista en el seno del proletariado. La conciencia revolucionaria de clase no es, pues, fruto de una reflexión teórica abstracta ni de los intelectuales ni de los obreros, sino que nace de la práctica de la lucha de clases. Pero no solamente es a través de la lucha continua por transformar sus condiciones de existencia como la clase trabajadora forma su conciencia política y llega a comprender la necesidad de la revolución, sino que es mediante el propio proceso revolucionario como los hombres se transforman:

“la revolución no es solo necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases”²

Para Lowy esta nueva concepción de la relación entre el proletariado y la teoría comunista supone una autocrítica de las posiciones anteriores del propio Marx.

Por lo que respecta a la posición de Marx en relación con el partido de los comunistas propiamente dicho hay que distinguir, por un lado, las reflexiones contenidas en los diferentes documentos, en las que se pueden encontrar elementos contradictorios, y por otro, su propia actuación práctica que va a servir para aclarar esas

contradicciones. El partido comunista no es objeto en la obra de Marx de ninguna explicación analítica, de ningún estudio sistemático; solo se pueden encontrar fragmentos en su obra haciendo alusión a este tema, cuya impresión final es la de que no existe un concepto uniforme del partido y que más bien se refiere a dos concepciones distintas del mismo. De todas maneras, y tal como apunta Claudín, al que seguiremos para desarrollar esta parte, Marx y Engels participan del concepto ambiguo que el término partido tenía a mediados del siglo XIX:

“Lo mismo designa una organización estructurada de modo estricto, como la Liga, que un conjunto poco conexo de elementos con más o menos afinidades ideológico-políticas, como eran los partidos mencionados en el *Manifiesto*, que la tendencia representada por una publicación (el partido de *La Réforme* por ejemplo), que los seguidores de una personalidad (el partido de Marx, se empezará a decir durante la revolución), que una clase o fracción de clase, tomada en su comportamiento frente a las otras, etc.”³

La primera concepción sería la de partido-clase, es lo que expresa el *Manifiesto* cuando dice: “Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político...”, es decir, el proletariado como tal clase actuando como partido frente a las otras clases que también se conducen como partidos, este es el significado de expresiones como “el partido de la burguesía”, con la cual no se refiere a ninguna organización determinada sino a la actuación de la burguesía como tal clase. En este sentido se trata de una noción amplia que trasciende a las diversas organizaciones concretas que en cada momento histórico puedan expresar la tendencia histórica a la emancipación de los trabajadores, se trata también:

“(del) conjunto de formas de organización y de acción, ideológicas, políticas, sindicales, culturales, en que se manifiesta la iniciativa histórica del proletariado en su lucha contra la burguesía y por un nuevo tipo de sociedad”⁴.

La segunda concepción es la de partido-organización, que es a lo que se refiere cuando hace alusión a diferentes partidos obreros de la época, como los cartistas o al propio partido de los comunistas, organizaciones que engloban a una fracción de la

² C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, en Obras escogidas, Tomo I, Ed. Progreso, Moscú, 1981

³ Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, Siglo XXI de España, Madrid, 1975, pág. 71

⁴ *Ibíd*, pág. 50

clase trabajadora en torno a un programa de acción; la Liga de los Comunistas sería entonces el partido de los que se organizan en torno al programa del *Manifiesto*.

Tampoco en este sentido la posición de Marx está exenta de contradicciones; en el *Manifiesto* se pueden encontrar dos fragmentos objeto de controversia, de un lado se indica que “Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros” y, por otro, se añade que:

“Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario”.

Para poder entender su significado es necesario referirse a las condiciones concretas de los comunistas en 1848 con relación al movimiento obrero y al modelo de partido obrero que Marx tiene a la vista, el cartismo inglés, al que, junto con la Asociación Nacional de la Reforma de Estados Unidos, considera como los únicos partidos obreros de la época. Por otro lado, los comunistas se organizaban en la Liga de los Comunistas y mantenían estrechas relaciones con la Fraternal Democrats que simpatizaba con las ideas de Marx y Engels. Pero esta asociación, a partir de su organización formal en 1847, se había convertido prácticamente en un partido dentro del partido cartista. Esta experiencia concreta es la que está detrás de los dos fragmentos anteriores y la que permite a Lowy extraer la conclusión de que:

“ el partido comunista no debe de organizarse al lado, o en lugar de, sino en el partido proletario, en su calidad de “fracción” más resuelta y más consciente. En otros términos, los comunistas deben constituir un partido en el partido obrero...”⁵.

En relación con la práctica organizativa podemos referirnos especialmente a tres momentos diferentes de militancia en organizaciones revolucionarias⁶ que en conjunto no suponen la actividad principal de Marx y Engels. El Comité de Correspondencia Comunista, constituido en Bruselas en febrero de 1846, va a ser la primera organización política que creen y cuyos objetivos eran impulsar la creación de un partido comunista en Alemania, e incluso a escala internacional, y conquistar a los elementos revolucionarios más avanzados a las ideas de Marx a través del combate

⁵ M. Lowy, op. cit. pág. 227

teórico. Las ideas que se desprenden de una circular de este Comité, en junio de 1946, suponen que ambos autores concebían la constitución de un partido comunista en Alemania como un proceso de abajo hacia arriba previa constitución de asociaciones comunistas en toda Alemania.

La segunda organización en la que participarán Marx y Engels será la Liga de los Comunistas; su adhesión definitiva, en junio de 1847, se produjo tras el Congreso que transformó la antigua Liga de los Justos en esta nueva Liga de los Comunistas. Según Lowy⁷ el reglamento de la Liga de los Comunistas de 1947 en relación con el de la Liga de los Justos ilumina sobre el sentido general de las concepciones de Marx y Engels:

- 1) El fin de la organización no se deja nunca en estado de vaguedad sino que afirma, de manera clara y rigurosa, que el objetivo de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, el dominio del proletariado.
- 2) La organización, por lo menos implícitamente, tiene un carácter internacional.
- 3) Todos los rasgos estrechamente conspirativos de la organización de los Justos quedan eliminados.
- 4) Se despojó al Comité Central de una serie de poderes discrecionales.
- 5) En los estatutos de la Liga se introdujo una novedad esencial: el poder legislativo de la organización pertenecería a un Congreso elegido proporcionalmente, que debía reunirse anualmente y ante el cual el Comité Central era el responsable.

Los rasgos distintivos de este esbozo de “primer partido marxista” en relación con las demás organizaciones comunistas de la época son: 1) el intento de superar la contradicción entre los límites nacionales del comunismo alemán y el carácter internacional de la lucha proletaria; se trataba ya de una asociación internacional. 2) el esfuerzo por eliminar la contradicción del movimiento obrero de la década del 40 entre sociedades revolucionarias conspiradoras y organizaciones de propaganda pacífica. 3) la cancelación de la división del socialismo alemán entre los “partidos filosóficos” y las sectas artesanales, reuniendo en una sola organización a la vanguardia comunista de los intelectuales y de la clase obrera.

⁶ Marx también se va a adherir como veremos más abajo a la Asociación Democrática de Colonia, donde en agosto de 1848 llega a ser uno de sus dirigentes oficiales en Renania

⁷ *Ibíd.* Págs. 209-211

Sin embargo, cuando en 1848 estalla la revolución, primero en París y luego en toda Europa, el Comité Central de la Liga pasa a la capital francesa desde donde elabora una lista de 17 Reivindicaciones para la inminente revolución en Alemania y, en abril, los alemanes de la Liga parten a su país. Allí, ante los acontecimientos revolucionarios que se suceden, la Liga se encuentra desorganizada y entonces Marx, secundado por Engels y una parte de los dirigentes, pero con la oposición de otra parte, impone tres decisiones: renunciar al plan inicial de desarrollar la Liga y proceder a su disolución, adherirse a la Asociación Democrática de Colonia para actuar desde el ala izquierda del partido demócrata, y editar la *Nueva Gaceta Renana* como “órgano de la democracia”.

Si a esta decisión se suma la oposición de Marx en 1848 y 1849 a la reorganización de la Liga, se puede extraer la conclusión, a la que llega Claudín, de que ésta es contemplada como un simple instrumento de propaganda cuando se tiene que trabajar en condiciones de ilegalidad, y no un organismo para la conspiración o para la organización y dirección de las masas; y por lo tanto, existiendo en el momento de tomar tal decisión la libertad de prensa, deciden hacer de la *Nueva Gaceta Renana* el instrumento fundamental de su acción política abandonando la Liga.

A este breve periodo de actividad organizativa le sigue un período de doce años durante los cuales Marx y Engels rechazan sistemáticamente cualquier compromiso organizativo, centrándose en las tareas de análisis e investigación. Solo en 1864 aceptan participar en la organización y dirección de la Asociación Internacional de Trabajadores, que durará hasta el Congreso de la Haya de 1872 en que se disuelve. Esta primera expresión de coordinación en el ámbito internacional de las fuerzas obreras se fundó en Londres en 1864 a iniciativa de diversas organizaciones de trabajadores de Europa, su composición era heterogénea y ni mucho menos favorable a Marx: los sindicalistas ingleses no eran socialistas, la sección francesa era mayoritariamente proudhoniana, y en Italia y España dominaba el bakuninismo. En la decisión, por parte de Marx, de cancelar la I Internacional pesó no solamente el hecho de que su heterogeneidad la había hecho difícilmente manejable y de que estaba convencido que con la derrota de la Comuna se cerraba por largo tiempo cualquier perspectiva revolucionaria en Europa; también influyó, sin duda, su intención de impedir que fuese controlada por parte de la corriente anarquista.

La siguiente etapa de relaciones con organizaciones obreras será la iniciada con los partidos de la II Internacional. Un buen análisis del significado de estas relaciones

es el realizado por el que sería uno de los dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán, Arthur Rosenberg⁸, al que seguiremos en este tema. El punto de partida y los fines con los que se creó la Segunda Internacional diferían claramente de los de la Primera. A partir de los años setenta se habían producido avances en diferentes países en la legislación sobre política social y, a través de la socialdemocracia alemana, se convocó en 1889 un Congreso en París con objeto de buscar una acción común por parte de los trabajadores que condujera a la obtención de una legislación internacional en defensa de sus derechos.

La tarea principal de los partidos que componían la Segunda Internacional era, pues, la promoción de los intereses inmediatos de los trabajadores. No obstante, los partidos de la Segunda Internacional habían adoptado desde el principio, en teoría, el marxismo. Estos partidos se centraron exclusivamente en la clase obrera y llegaron a una contraposición entre el partido obrero y el resto de los partidos, acentuando de esta manera su aislamiento. En este sentido, si bien el nombre adoptado, socialdemócratas, era coherente lingüísticamente, al designar al mismo tiempo la exigencia de autogobierno del pueblo basado en el sufragio universal y la transformación de la sociedad en beneficio de los trabajadores, desde el punto de vista histórico tal definición no era tan correcta en cuanto los nuevos partidos abandonaban, en su aislamiento, lo más esencial de la democracia histórica.

Rosenberg indica que desde el principio la relación entre Engels y la Segunda Internacional se basó en una profunda equivocación, partiéndose de una premisa falsa, la de que el marxismo revolucionario y los partidos socialistas tenían los mismos objetivos. En realidad, las concepciones de la Segunda Internacional se apartaban del marxismo en los siguientes puntos: 1) En la relación a mantener con la pequeña burguesía, la Segunda Internacional practicaba una política de oposición de una masa proletaria frente a una masa "burguesa", cuando para Marx la burguesía era concebida como una minoría de la población. 2) En el problema de las alianzas con otros partidos, que la Segunda Internacional rechaza tajantemente en tanto que Marx se mostraba más flexible. 3) En la actitud ante la guerra, si Marx y Engels consideraron siempre la guerra como un instrumento de política que puede ponerse, como cualquier otro, al servicio de la revolución, la Segunda Internacional se declaró incondicionalmente y en cualquier circunstancia a favor de la paz; el pacifismo formal de la Segunda

⁸ Arthur Rosenberg, *Democracia y socialismo*, Ediciones Pasado y Presente, México, 1981

Internacional convirtió en impotente al movimiento obrero. La paz elevada a valor absoluto y supremo colocó a la Segunda Internacional en total desventaja frente a sus adversarios y, además, los socialistas se aislaron de los demás estratos populares dejando que el imperialismo apareciera como la corriente genuinamente nacional.

Mientras Marx y Engels llevaban a cabo una política revolucionaria efectiva, que les obligaba a contar con las realidades existentes, el radicalismo de la Segunda Internacional se limitó a una política corporativa y de protesta de los obreros industriales, renunciando a una política efectiva de revolución popular.

Marx ya atisbó estas diferencias que Engels vivió más profundamente, sin embargo se mantuvieron en silencio ante ellas por varias razones: 1) Porque no llegaron a comprender bien la especificidad real de los partidos socialistas, creyendo que la desviación se debía a los errores de los líderes y a la influencia pequeño burguesa entre sus miembros, pensando que bastaba con expulsar a los jefes equivocados y combatir los prejuicios pequeño burgueses para que todo volviese a estar en orden. 2) Porque abandonaron cualquier esperanza de revolución en Europa por mucho tiempo después de la derrota de la Comuna, y en ese sentido consideraron inútiles dar directrices tácticas para la revolución a unos partidos débiles que no la iban a llevar a cabo en una fecha previsible. 3) Por último, porque la resistencia de la socialdemocracia alemana durante las leyes antisocialistas llevó a hacer creer a Engels en la existencia de una voluntad revolucionaria en el proletariado alemán.

La conclusión que cabe extraer tanto de sus aportaciones escritas como de su práctica es la de que, por un lado, Marx y Engels concebían al proletariado en cuanto clase, y no a un partido en concreto, como el protagonista de la acción revolucionaria, y que, por otro lado, consideraban que la “instrucción” del proletariado con vistas a la revolución constituía para los comunistas la tarea fundamental, para lo que no era estrictamente necesario la existencia de una organización comunista. El tema concreto de la organización lo plantean como una cuestión que debe resolver el proletariado mismo en la práctica, fruto de la propia lucha de clases, no siendo función de los comunistas el sustituir las formas políticas que este proceso vaya tomando históricamente; la aportación crucial de los comunistas es poner a disposición del proletariado su “ventaja teórica” para el esclarecimiento del proceso de lucha de clases, de los intereses y objetivos del proletariado, y de esta manera poder emanciparlos de la tutoría ideológica y política de la burguesía. La interpretación del partido-clase se impone claramente sobre la del partido-organización.

Por último, es posible extraer alguna conclusión también en cuanto a su posición sobre el carácter democrático que debe tener el funcionamiento interno de cualquier organización de la clase trabajadora. Por un lado, parece claro el sentido de la posición de Marx y Engels en la modificación introducida en los Estatutos de la Liga de los Comunistas con respecto a su antecesora la Liga de los Justos mencionada anteriormente. Pero también hay otros textos como éste, en el que Engels se refiere al SPD y en el que aboga por la existencia de una prensa del partido que goce de total autonomía de crítica, condenando la apropiación y la censura de la prensa del partido por la dirección:

“El partido necesita la ciencia socialista y ésta no puede vivir sin la libertad de movimientos (...), la disciplina en un gran partido no puede ser de ningún modo tan estricta como en una pequeña secta (...), depender de algo, aunque sea de un partido obrero es un destino duro (...) ser redactor de una publicación perteneciente al partido es una colocación estéril para cualquiera que tenga iniciativa (...), tenéis que disponer en el partido de una prensa que no sea directamente dependiente de la Presidencia y ni siquiera del congreso del Partido, que esté en situación de oponerse, dentro del programa y la táctica aceptada, a cada uno de los pasos del Partido”⁹

Lenin

Las características definitorias de los partidos comunistas hay que buscarlas no en Marx, sino en la organización del Partido Bolchevique, en cuyo líder indiscutido se encuentran los argumentos teóricos, las justificaciones últimas que legitiman el modelo concreto que terminó cristalizando en el PCUS.

La teoría del partido revolucionario se encuentra recogida fundamentalmente en tres documentos de Lenin: *¿Qué hacer?*, *Un paso adelante, dos pasos atrás*¹⁰ y *Carta a un camarada*, completados con otras intervenciones posteriores. Hay quienes han querido ver una línea evolutiva en su pensamiento relacionado con este tema, pero lo cierto es que, a pesar de algunas matizaciones coyunturales, el esquema desarrollado en *¿Qué hacer?* es el que prevalecerá definitivamente sin ninguna duda. No se pueden considerar representativas, en este sentido, las inclinaciones de Lenin a raíz de la

⁹ Iring Fetscher, *El Marxismo: Su historia en documentos: Sociología, Política*, págs. 131-2

¹⁰ V.I. Lenin, *¿Qué hacer? y Un paso adelante, dos pasos atrás*, en *Obras escogidas Tomo II*, Editorial Progreso, Moscú, 1975

revolución de 1905. La creación espontánea de soviets, las movilizaciones de masas, le llevan a inclinarse por un partido abierto, de masas, dotado de un carácter obrerista, espontaneísta y antiintelectualista. En esos momentos Lenin se refiere a la toma de conciencia de las masas a través de su propia práctica revolucionaria. Pero se trata de una intervención coyuntural que no invalida su concepción fundamental del partido.

A principios de siglo se inicia una etapa que, tomando como base la redacción del periódico *Iskra* en el exilio londinense - que le va a servir a Lenin para elaborar su teoría e impulsar la creación del partido -, se caracteriza por la lucha teórica contra los economicistas. Lenin enfatiza la organización de revolucionarios profesionales obligado por el trabajo en la clandestinidad, su visión se vuelve vanguardista, concibiendo el partido como una organización separada del medio que la rodea, pero unida a las masas, atenta a sus formas de lucha y a sus innovaciones, en lo que se denomina “relaciones dialécticas con las masas dentro de una praxis revolucionaria”¹¹. La fundamentación teórica de esta concepción del partido se encuentra en la mencionada distinción entre dos formas de conciencia de clase en el proletariado. Por un lado, se encontraría un tipo de conciencia espontánea que nunca puede elevarse más allá del tradeunionismo, nacida de las propias experiencias del proletariado; se trata de una conciencia reformista que en consecuencia no se plantea la transformación comunista de la sociedad. Por otro lado, se encuentra la conciencia socialdemócrata elaborada por los intelectuales socialistas e introducida en el movimiento obrero a través de un combate contra las tendencias espontaneístas y sindicalistas del proletariado.

Como se ha visto, este esquema estaba presente en el primer Marx, aunque luego fue abandonado, y pasa a través de Kautsky a Lenin que lo aplica de manera práctica en la construcción del partido bolchevique. En consecuencia, el partido se afirma como la fracción consciente del proletariado, su vanguardia, que aporta la lucidez política frente al simple instinto de clase.

También existen unas bases sociales, más concretas, en la decisión de construir este tipo de partido. Por un lado, las duras condiciones en que debe desarrollarse la lucha contra la autocracia zarista, que obliga a una clandestinidad rigurosa frente a la represión e impide un funcionamiento democrático de cualquier organización; por otro, el estado desagregado en que se encuentra el movimiento socialdemócrata en Rusia,

¹¹ J.B. Fages, *Introducción a las diferentes interpretaciones del marxismo*, Ed. Oikos-tau, Barcelona, 1976, pág. 28

dividido en círculos marxistas dispersos, poco coordinados entre sí; además, la lucha contra la tendencia economicista por parte del núcleo formado alrededor de Iskra antes de 1903 para evitar la deriva del movimiento socialdemócrata hacia el sindicalismo; y por último, no puede olvidarse que las tradiciones conspirativas rusas provenientes del siglo XIX no dejan de tener su influencia. Partiendo de estas condiciones, Lenin plantea un partido de tipo conspirativo formado por revolucionarios profesionales a través de una estricta selección de sus miembros, donde las necesidades de la lucha clandestina llevan a una estructura jerarquizada y disciplinada con un riguroso control de la organización por los órganos de dirección. Precisamente, para oponerse a lo que denomina “falso democratismo” de los mencheviques, para combatir tanto el economicismo, que identificaba la lucha económica y la política, como el terrorismo, que buscaba “excitar” la conciencia del pueblo con actos de terrorismo individual, Lenin propone su solución de un partido estructurado de arriba abajo.

La lucha en el plano ideológico y político contra el “oportunismo” es a la vez una lucha en el plano organizativo contra lo que Lenin denuncia como “culto a la espontaneidad”, que para él supone el sometimiento de la conciencia a la espontaneidad, es decir, que la vanguardia vaya a la zaga del movimiento. Para Lenin el culto a la espontaneidad del movimiento obrero es una manera de dejar a éste desarmado frente a la influencia de la ideología burguesa.

Se trata, en definitiva, de una concepción ultracentralista de organización donde el máximo órgano, el Comité Central, concentra la dirección política e ideológica, se encarga de organizar a los órganos inferiores, de nombrar a los responsables y de “dar trabajo a todos”. Como en un “Estado Mayor” o como un “director de orquesta”, el Comité Central es el impulsor de la actividad revolucionaria. Construido el partido de arriba hacia abajo, son prescritos en su seno el democratismo y el autonomismo como patrimonio de las corrientes oportunistas. La vida interna del partido debe regirse por una disciplina de hierro para la cual los obreros han sido preparados en la escuela de la fábrica. Es, desde luego, una de las posibles interpretaciones organizativas de la concepción de Marx, pero desde luego no la más fiel al pensamiento que este último tenía sobre la organización, en el que predominaba la idea del partido-clase, la organización de abajo hacia arriba y el papel esclarecedor por parte de los comunistas, no como partido dirigente.

El triunfo de la revolución de octubre y las condiciones en que se desarrollan sus primeros años van a llevar a la cristalización de un sistema de partido único

confundido con el Estado y a un modelo de partido monolítico. El proceso primero llevó a la eliminación de los demás partidos y, una vez consolidado el dominio del partido bolchevique, a la supresión de toda discrepancia en su interior. La última discusión abierta en su interior tuvo lugar en 1921 entre tres fracciones, la de la “oposición obrera”; la de Trotsky y Bujarin, opuesta a la anterior, y la de Lenin. El X Congreso, celebrado en 1921, finalizaría este proceso, que convirtió en monolítico al Partido Bolchevique, con la prohibición de fracciones en su seno. Las características que finalmente adoptó, e impuso al resto de los partidos adheridos a la III Internacional, se encuentran recogidas en las 21 condiciones de adhesión aprobadas por ésta en 1920, que veremos más adelante.

Los rasgos definitivos de los partidos comunistas fueron establecidos por Lenin, y Stalin solo llevó estos rasgos a sus últimas consecuencias. Así, en *Cuestiones de leninismo*, y apoyándose profusamente en citas de Lenin, define al partido como el destacamento de vanguardia de la clase obrera, pertrechado con la teoría revolucionaria, que conduce tras de sí al proletariado y no va a la zaga de la espontaneidad. Dirigido desde el centro, el partido reúne a los mejores elementos y se vincula a las masas, convirtiendo a cada organización de la clase obrera en correa de transmisión que une al Partido con la clase. El Partido es concebido como el instrumento de la dictadura del proletariado para lo que se hace necesario una férrea disciplina y cohesión que suprima cualquier fracción en su seno, fraccionalismo que proviene de los elementos oportunistas que se introducen en su interior y a los que es preciso descubrir y eliminar. El Partido, en definitiva, se fortalece depurándose de sus elementos oportunistas¹².

Fruto de unas circunstancias excepcionales - la lucha contra la autocracia zarista, la revolución de octubre y la posterior guerra civil - y pensado para unas circunstancias excepcionales - la extensión de la revolución a los países imperialistas - el tipo de partido cristalizado en 1920-1 devino finalmente modelo obligatorio para todos los partidos comunistas a partir de ese momento.

¹² En realidad esta consigna, recogida por Stalin y llevada a la práctica con métodos expeditivos, es original de Lasalle en una carta a Marx, y es recogida por Lenin en el prólogo de *¿Qué hacer?*

Rosa Luxemburgo

Una de las críticas más importantes hechas al tipo de partido propuesto por Lenin proviene de quien se puede considerar la representante de una corriente diferente pero dentro del marxismo revolucionario, Rosa Luxemburgo. La revolucionaria polaca, dirigente del Partido Socialdemócrata Alemán, condensa la interpretación marxista que, sin negar el papel del partido, pone el énfasis en la espontaneidad del movimiento obrero. Las concepciones organizativas que sostiene Rosa Luxemburgo fueron expuestas tanto en los artículos que publicó en los años 1903 y 1904 como en algunas de las obras que editó, y se caracterizan por su oposición frontal a la concepción propugnada por Lenin, poniendo, al contrario que éste, el énfasis en la iniciativa y capacidad revolucionaria de las masas, sin llegar a elevar el espontaneísmo a la categoría de principio absoluto.

La diferencia se sitúa ya en el punto de partida, en la manera en como se concibe la toma de conciencia de clase por los trabajadores; para Rosa Luxemburgo esta conciencia es fruto sobre todo de la acción directa y autónoma del proletariado, de la experiencia de sus luchas revolucionarias y no de su introducción desde fuera a través de la propaganda socialista por los intelectuales o el partido. Su concepción se muestra más fiel al legado de Marx en torno a la teoría de la revolución y de la toma de conciencia de clase. La conciencia revolucionaria no puede ser enseñada, su generalización en las masas es consecuencia de la propia acción revolucionaria en el transcurso de la cual se opera el cambio masivo de los hombres.

Rosa Luxemburgo rechaza tajantemente la separación entre el núcleo dirigente socialista enmarcado en el partido y la masa de trabajadores, y considera como una tarea de la socialdemocracia el suprimir la división entre dirigentes y dirigidos como única manera de conseguir la emancipación de la clase trabajadora.

Sobre la base de estas concepciones se pueden condensar las críticas vertidas por Rosa Luxemburgo¹³ al modelo leninista del partido en los siguientes puntos:

¹³ Rosa Luxemburgo, "Democracia y centralismo", en Kurt Lenk y Franz Neumann, *Teoría y Sociología Críticas de los Partidos Políticos*, Ed. Anagrama, Barcelona 1980

- 1) El tipo de organización propugnada por Lenin es ultracentralista, basada en dos principios: por una parte, en la radical separación entre la “tropa organizada de los revolucionarios manifiestos y activos” respecto del medio que les rodea, no organizado pero revolucionariamente activo; y por otra parte, en la “rígida disciplina y la intervención directa, decisoria y determinante del órgano central en toda la vida de las organizaciones locales del partido”. Rosa Luxemburgo no niega los rasgos característicamente centralistas de la organización socialdemócrata por la necesidad de soldar en un partido unitario a la clase obrera que debe luchar en el seno de un Estado burgués centralizado, pero considera que más importantes que las exigencias formales de toda organización son las condiciones específicas de la lucha proletaria y que la organización socialdemócrata está calculada para la organización y acción directa autónoma de las masas.
- 2) Crítica a Lenin el trasponer mecánicamente los principios de organización jacobino-blanquistas al movimiento socialdemócrata. El blanquismo se basaba en la conjura de una minoría decidida que culminaba su acción en un golpe de mano revolucionario, en la que una organización central con amplios poderes decidía toda la actividad. Rosa Luxemburgo entiende que en la acción socialdemócrata, organización, ilustración y lucha son sólo aspectos diferentes de un mismo proceso y no momentos separados como en el movimiento blanquista. Por ello rechaza que pueda existir ninguna táctica de lucha fija, “previamente establecida y detallada, en la cual puedan ser instruidos por el Comité Central los miembros de la socialdemocracia”. La táctica de lucha de ésta no es “inventada”, sino el resultado de la serie de actos creadores de la lucha de las clases explotadas. También aquí, concluye Rosa Luxemburgo, lo inconsciente procede a lo consciente, la lógica del proceso histórico objetivo a la lógica subjetiva de sus portadores. Si la táctica de la socialdemocracia es creada no sólo por la organización, sino por todo el movimiento, entonces cada una de las organizaciones del partido necesita de la libertad de movimiento que sólo es posible si se desarrolla la iniciativa revolucionaria.
- 3) En oposición a la creación revolucionaria de las masas, el ultracentralismo que propugna Lenin aparece regido por un estéril espíritu de guardián. El curso de su pensamiento está cortado por el posterior del control de la

actividad del partido y no sobre el aprovechamiento fructífero, sobre la restricción y no sobre el despliegue, sobre un trato vejatorio del movimiento y no sobre su concentración.

- 4) Crítica igualmente la peligrosa concepción de la disciplina de Lenin, entendida como una transposición de la disciplina inculcada a la clase trabajadora en la sociedad burguesa por medio de las fábricas, escuelas o cuarteles de manos de la burguesía y el Estado capitalista a su Comité Central. Considera este tipo de disciplina completamente antagónica de otra basada en la “coordinación voluntaria de las acciones políticas conscientes de una capa social”.
- 5) Rosa Luxemburgo rechaza el argumento principal de Lenin para su organización ultracentralista, el de ser un arma contra el oportunismo, más inclinado al autonomismo y el rechazo de la disciplina, pues el oportunismo, precisamente por ello mismo, tiene como único principio también en cuestiones de organización la carencia de principios, y en consecuencia elige sus medios, en cada circunstancia, según convenga a sus objetivos. Y en una situación en que los sectores revolucionarios no están asentados y el propio movimiento es indeciso, la tendencia organizativa adecuada al oportunismo académico es el centralismo despótico, concluyendo en que nada entrega con más facilidad a un joven movimiento obrero a los apetitos de dominación de los académicos como encerrarlo en la coraza de un centralismo burocrático, que degrada a la clase obrera en lucha a simple herramienta de un comité.

Los seguidores del modelo leninista originario del partido, los trotskistas, van a refutar a Rosa Luxemburgo sobre la base de la experiencia histórica alegando el que incluso:

“en las luchas obreras más amplias, largas y vigorosas, las masas trabajadoras no han adquirido una comprensión clara de las tareas de la lucha, o lo han hecho sólo en grado insuficiente”¹⁴.

¹⁴ Ernest Mandel, *La teoría leninista de la organización*, Ed. Serie popular Era, México, 1974, pág. 25

Partido leninista y stalinismo

Existe una amplia literatura en torno al tema del partido de tipo leninista que le justifica o critica, pero no es el objeto de esta introducción sobre los partidos comunistas extenderse en un tema que podría ser objeto de un estudio independiente y dilatado. No obstante, sí es necesario referirse a un aspecto de esta controversia que está estrechamente vinculado con el tema central de la tesis; es aquél que hace referencia a la relación entre la naturaleza del partido leninista y el totalitarismo stalinista en que desembocó la revolución de octubre. Tampoco es cuestión de discutir a fondo el origen del stalinismo, pero es evidente el interés de la cuestión por cuanto si ese origen se sitúa en la concepción subyacente al partido, entonces el triunfo de cualquier revolución bajo su dirección terminaría inevitablemente en la repetición de una nueva forma de totalitarismo, mientras que si el origen se sitúa en otro tipo de factores, entonces se podrá discutir de él todos los aspectos que se deseen pero no formularle la gravísima acusación de ser un instrumento potencialmente totalitario.

A este respecto dos posiciones totalmente encontradas, y representativas por tanto de la controversia, son las que encarnan por un lado Milovan Djilas y por otro Ernest Mandel, este último en cuanto claro representante del pensamiento trotskista.

Djilas hace la crítica de la dictadura burocrática del stalinismo partiendo del hecho de que en los países socialistas la socialización de los medios de producción ha conducido a la aparición de una “nueva clase” que los administra a través de un poder monopolista de disposición. Djilas sitúa el origen de esa nueva clase directamente en el partido bolchevique:

“Las raíces de la clase nueva se hallaban en un partido especial de tipo bolchevique (...) Para ser más precisos diremos que los iniciadores de la nueva clase no se encuentran en el partido de tipo bolchevique en general, sino en el estrato de los revolucionarios profesionales que formaban su núcleo antes de llegar al Poder (...) Esto no quiere decir que el nuevo partido y la nueva clase sean idénticos. Sin embargo, el Partido es el núcleo de esa clase y su base (...) El totalitarismo comunista y la nueva clase arraigaron

cuando el Partido Comunista se preparaba para la revolución; su método de administrar y mantener la autoridad se remonta también a esa época”¹⁵

Mandel, por el contrario, sitúa la fuerza impulsora de la degradación de la revolución soviética no en el partido sino en los sectores sociales no revolucionarios a los que el Estado soviético debió acudir para poder seguir funcionando:

“las masas de la intelectualidad técnica no fueron capaces de pasarse al campo de la revolución. En un principio sabotearon la producción económica y los métodos de organización social dentro de la escala más amplia; más tarde su cooperación tuvo que ser “comprada” por medio de salarios elevados; finalmente se convirtieron en la fuerza motora de la burocratización y de la degeneración de la revolución”.

Rechazando cualquier tipo de vinculación entre la naturaleza del partido bolchevique y el stalinismo:

“Si se quisiera establecer una correlación entre la burocracia stalinista y ‘el concepto leninista de partido’, se tendría que hacer al menos una concesión a este elemento de intervención decisivo. La victoria de Stalin no fue el resultado de la ‘teoría de la organización’ leninista sino el resultado de la desaparición de un componente decisivo de este concepto: la presencia de una capa amplia de cuadros obreros, educados en la revolución y en mantener un alto grado de actividad, vinculada íntimamente con las masas”¹⁶

ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

El origen de los partidos comunistas se sitúa en la escisión que se produce en los partidos socialistas como consecuencia del triunfo de la revolución bolchevique en Rusia. La creación de la Internacional Comunista actúa como catalizador sobre los sectores más revolucionarios del movimiento obrero que se sienten profundamente defraudados por la actitud de los partidos adheridos a la Segunda Internacional ante el desencadenamiento de la guerra en Europa en 1914, pero también deja sentir su poderosa atracción sobre otros sectores no vinculados a esta última Internacional como es el caso de los anarcosindicalistas.

¹⁵ Milovan Djilas, “La nueva clase” en Kurt Lenk y Franz Newman, op. cit. Págs. 476-9 Djilas fue un intelectual comunista de primer orden e importante dirigente del régimen yugoslavo, fue vice primer ministro del gobierno Yugoslavo.

¹⁶ Ernest Mandel, op. cit., págs. 58 y 46

El hecho clave que va a precipitar las escisiones en los Partidos Socialistas es la discusión de las 21 condiciones impuestas por la Tercera Internacional y que son necesarias asumir por los partidos que quieran formar parte de ésta. A partir de ese momento los sectores partidarios de la adhesión a la nueva Internacional, los terceristas, pugnarán por conseguir que sus respectivos partidos socialistas acepten dichas condiciones y, tras el generalizado fracaso por alcanzar este objetivo, escindirán a sectores minoritarios de cada organización, con la notable excepción del PCF, que formarán los respectivos partidos comunistas.

Las 21 condiciones de adhesión a la Internacional Comunista definen lo que debe ser la naturaleza de los partidos comunistas: Todos los órganos de propaganda del partido deben estar sometidos al Comité Central, siendo inadmisibles la autonomía de estos (1ª). Los reformistas y “centristas” deben ser sustituidos sistemáticamente en todos los puestos de responsabilidad del movimiento obrero por comunistas probados (2ª). Dado el período de guerra civil en que ha entrado la lucha de clases, los comunistas no pueden fiarse de la legalidad burguesa y deben crear paralelamente a la organización legal, un organismo clandestino, capaz de desempeñar en el momento decisivo su deber hacia la revolución (3ª). Deber de denunciar el social-patriotismo y al hipócrita y falso social-pacifismo demostrando que solo la revolución socialista puede acabar con las guerras imperialistas (6ª). Exigencia imperativa y sin discusión de una ruptura completa y definitiva con el reformismo y la política del centro en el plazo más breve (7ª). Deber de revisar la composición de sus fracciones parlamentarias y de expulsar a los elementos dudosos de someterse al Comité Central, exigiendo de todo diputado la subordinación de su actividad al interés de la propaganda revolucionaria y de agitación (11ª). Estructuración del partido sobre la base del centralismo democrático, el partido solo puede cumplir su papel si se admite una disciplina de hierro y su organismo central es dotado de amplios poderes, ejerciendo una autoridad incontestable (12ª). Se debe proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones con el objeto de expulsar a los elementos arribistas y pequeñoburgueses (13ª). Deber de sostener sin reservas a todas las repúblicas soviéticas en la lucha frente a la contrarrevolución (14ª). Deber de sustituir el antiguo programa socialdemócrata por un nuevo programa comunista que tiene que ser confirmado por el Congreso de la Internacional o por su Comité Ejecutivo (15ª). Todas las decisiones de los Congresos de la Internacional Comunista, así como las de su Comité Ejecutivo, son obligatorias para todos los partidos afiliados (16ª). Es importante dejar claramente ante los trabajadores la

diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos socialdemócratas o socialistas (17ª).

Está claro que en la relación que se establece entre los partidos comunistas y la Komintern por un lado, y la que existía entre los partidos socialistas y la II Internacional por otro, se encuentra ya un hecho diferencial importante entre estos dos tipos de partidos obreros, pues ni la Internacional Socialista impuso una disciplina como la ejercida por la Internacional Comunista sobre sus miembros, ni tampoco cumplió el papel de institución de legitimación externa que ésta última representó respecto a los partidos comunistas.

Una vez establecidas sus secciones en diversos países, la tarea siguiente de la III Internacional consistió en homogeneizar los partidos comunistas en un proceso de bolchevización, por cuanto su objetivo era configurar las nuevas organizaciones según el modelo del partido bolchevique. Este proceso se basaba en tres objetivos fundamentales a conseguir:

- 1) La imposición del centralismo democrático, que buscaba acabar con la tradicional autonomía de que gozaban en los partidos socialistas los organismos inferiores respecto a los superiores. Se trataba de conseguir una dirección eficaz e incontestable capaz de dirigir un proceso revolucionario en medio de enormes dificultades.
- 2) La formación de un núcleo dirigente y de un aparato permanente en coherencia con la propia definición del partido comunista como organización de revolucionarios profesionales entregados en cuerpo y alma a la tarea revolucionaria.
- 3) La adopción como organización de base de las células de empresa, buscando la ruptura con la clásica organización socialista en agrupaciones locales, criticadas por los bolcheviques por su orientación electoralista y base del reformismo imperante en los partidos socialistas. De esta manera los bolcheviques pretendían establecer claramente la naturaleza proletaria de los nuevos partidos y ponerles al abrigo de influencias reformistas.

El punto central de este proceso fue la consolidación de un grupo dirigente en cada partido comunista totalmente fiel a las orientaciones emanadas de la Komintern. Este proceso no fue pacífico en ninguna de las nuevas organizaciones, y hasta la estabilización de ese núcleo dirigente las expulsiones a derecha e izquierda fueron una práctica habitual, con el resultado de que, a pesar de la homogeneización lograda

finalmente, subsistieron diferencias que explican la diversidad que terminará produciéndose entre algunos partidos comunistas. El éxito en la bolchevización de éstos, entendido como un doble proceso mediante el cual se eliminan los restos de las tradiciones heredadas de los partidos socialistas de donde procedían y se interioriza plenamente el modelo bolchevique, va a ser completado mediante la política de depuraciones.

En el período comprendido entre 1918 y 1921 tiene lugar la formación de numerosos partidos comunistas, incorporándose otros nuevos posteriormente de manera más gradual; igualmente se produce una concentración geográfica de los efectivos comunistas de manera aplastante en Europa, y de manera especial en Alemania, Checoslovaquia, Francia y Yugoslavia. Esta distribución espacial no se alteró después de la toma del poder por parte de los comunistas en diversos países al finalizar la segunda guerra mundial, y Europa continuó siendo el continente con mayor presencia en países no socialistas, especialmente después del aniquilamiento del PC indonesio en 1965.

El partido comunista alemán, destruido con la subida de Hitler al poder, fue el único partido de masas antes del giro político de los Frentes Populares de mediados de los años 30. En esos momentos toma el relevo como partido de masas el PCF. Pero será tras la segunda guerra mundial cuando se consoliden definitivamente partidos comunistas de masas y se desarrolle un proceso de diferenciación en el seno del movimiento comunista que lleve a poder distinguir, como apuntan algunos autores, dos grupos de partidos comunistas, los tradicionalistas por un lado, y los autonomistas por otro, cuya línea de división, siempre un tanto ambigua, se establece en torno al modo de entender la democracia y las relaciones con la Unión Soviética.

Nacidos para llevar a cabo la revolución, los partidos comunistas de Occidente se encontraron pronto en un ambiente socio-político donde prácticamente habían desaparecido las posibilidades insurreccionales merced a la combinación de tres factores diferentes: el primero de ellos es el largo periodo de crecimiento económico iniciado después de la guerra mundial; el segundo es la crisis desarrollada en el seno del movimiento comunista; y el tercero es el carácter alejado de los acontecimientos revolucionarios que se desarrollan a partir de 1945 respecto a los problemas de los países occidentales industrializados, pues ni la revolución china ni las luchas de liberación nacional han impactado sobre los comunistas o socialistas occidentales de un modo ni remotamente comparable a como lo hizo en su día la revolución soviética. La

adaptación a esta situación, especialmente después de 1945, implicaba un riesgo evidente: el arrastrar una existencia subordinada en las sociedades capitalistas¹⁷.

En relación con el efecto derivado de su vinculación con la Unión Soviética se pueden distinguir dos períodos cuya línea de demarcación la establece las denuncias de los crímenes de Stalin en el XX Congreso del PCUS. Durante el primer período los partidos comunistas se beneficiaron de dicha relación, con excepción del corto período comprendido entre la firma del pacto germano-soviético y el ataque nazi a la URSS, al principio por el enorme impacto del éxito de la revolución de octubre sobre la clase trabajadora y después por el prestigio que adquirió aquella al final de la segunda guerra mundial. Durante el segundo período la relación de los partidos comunistas de la Europa Occidental con la denominada patria del socialismo se fue haciendo cada vez más perjudicial para aquéllos, empezando por los efectos de la guerra fría y acabando por las intervenciones militares soviéticas en diversas partes del mundo. El impacto de este cambio es una de las principales causas que terminan impulsando la línea evolutiva seguida por diversos partidos comunistas europeos.

COMPOSICIÓN SOCIAL

Si hay un partido cuyo discurso descansa tajantemente en la vinculación con una clase determinada, éste es el partido comunista. Ni en su etapa de partido de cuadros, ni en la de partido de masas (los que la han tenido) ningún partido comunista se aparta en el discurso del modelo teórico según el cual el partido está compuesto fundamentalmente de trabajadores, clase a la que representa y con la que en ciertos momentos pretende confundirse, y su dirección debe estar compuesta de manera mayoritaria por miembros procedentes de esa clase. Las políticas de alianzas, que siempre persigue, se basan en la irrenunciabilidad del liderazgo en esas alianzas de la clase obrera, y por lo tanto del partido comunista.

Sin embargo, en la realidad, los partidos comunistas en contadas ocasiones se han ceñido a este modelo; si el partido comunista lo es de un país no desarrollado, entonces ha liderado a masas campesinas para alcanzar el poder; si por otro lado se ha mantenido como un partido pequeño, como una secta, sus miembros han pertenecido en general más a los sectores intelectuales y pequeños burgueses radicalizados; y si

¹⁷ E.J. Hobsbawm, *Revolucionarios*, Ed. Ariel, Barcelona 1978, págs. 33-34

finalmente se ha convertido en un partido de masas, entonces su base social se ha diversificado, e incluso también su dirección, aunque normalmente en este espacio, y debido a la cooptación, se ha conservado más claramente la pureza de clase.

Un dato demostrativo de esta situación es el hecho de que la base organizativa en que se debía de sustentar la composición proletaria de los partidos comunistas, las células, y especialmente las células en los lugares de trabajo, nunca tuvieron un gran éxito y finalmente fueron sustituidas por las agrupaciones como forma de organización.

Los partidos comunistas se caracterizan, además, en relación a otros partidos, por el papel más importante que juegan los motivos ideológicos en la afiliación, lo que lleva normalmente a una militancia más intensa y comprometida y que debería de actuar como un factor de estabilidad de los afiliados; sin embargo, y paradójicamente, los partidos comunistas sufren un alto grado de fluctuación de su militancia debido a diversas causas que van desde la represión o discriminación social que pueden sufrir sus adherentes al desencanto con la política o los bruscos cambios de línea del partido, pasando por el cansancio de esa militancia intensa. Esta inestabilidad producida por el continuado y rápido reemplazamiento de la afiliación - que le ha llevado a Von Beyme¹⁸ a afirmar que “los partidos comunistas se están convirtiendo en partidos “ómnibus de izquierdas” dentro de los cuales se viaja un rato para después volver a apearese” - concede una mayor importancia a la dirección y en general a todo el aparato del partido como núcleo estable que garantiza la continuidad.

¹⁸ Klaus Von Beyme *Los partidos políticos en las democracias occidentales*, Ed. CIS, Madrid, 1986, pág. 232

DIVERSAS INTERPRETACIONES SOBRE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

Los partidos comunistas han sido objeto de análisis por diferentes especialistas, bien como un grupo de partidos políticos específicos, bien como parte de una investigación sobre modelos y sistemas de partidos. Desde el primer punto de vista vamos a exponer el estudio realizado por Neil McInnes sobre los partidos comunistas de la Europa occidental por englobar en su análisis a todo este espacio geográfico, a diferencia de otros estudios monográficos sobre un determinado partido o un pequeño conjunto de ellos (los estudios más abundantes lo son, precisamente, sobre los dos más importantes, el francés y el italiano)¹⁹.

Para Neil McInnes²⁰ los partidos comunistas occidentales consisten dinámicamente en el equilibrio de tres fuerzas distintas: el poder soviético, la burocracia del partido local y los trabajadores comunistas. Sus relaciones son de dependencia entre ellas y los cambios que experimentan estas relaciones explican la evolución de los partidos occidentales. La primera de las tres fuerzas actúa claramente a través de la legitimidad que confiere a los partidos comunistas y también a través de las diversas formas de apoyo que les ofrece. La burocracia no sólo la componen los dirigentes y funcionarios, sino también, en los partidos de masas, los diversos cargos electorales del partido. La tercera fuerza la forman un segmento de la clase trabajadora occidental vinculada ideológicamente al mito de la revolución de octubre.

McInnes plantea la evolución de estas relaciones entre los tres actores desde una situación original, en la que el partido local no era más que el punto de reunión entre la utopía proletaria occidental y el poder soviético, hasta una situación, después de la segunda guerra mundial, en la que los partidos locales, es decir, la burocracia del partido local, adquieren entidad e intereses propios y entran en conflicto, a veces, con la tutela soviética o los sectores obreros más radicalizados. En este enfrentamiento, Moscú utiliza a los trabajadores comunistas, leales ideológicamente a la legitimidad heredada de la revolución de octubre, contra la burocracia local.

¹⁹ Sobre el PCF: Jacques Fauvet, *Histoire du Parti Communiste Français 1920-1976*, París, Fayard, 1964. Stéphane Courtois y Marc Lazar, *Histoire du Parti communiste français*. Annie Kriegel, *Les communistes français 1920-70*, París, Le Seuil, 1968. Jean-Paul Brunet, *Histoire du PCF*, París, PUF, 1982. Philippe Robrieux, *Histoire intérieure du Parti communiste*, París, Fayard, 1980-4. Ronald Tiersky, *Le mouvement communiste en France, 1920-1972*, París, Fayard, 1973.

Sobre el PCI: Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, Turín, Einaudi.

Sobre el PCF y el PCI: Marc Lazar, *Maison Rouges*, Aubier, 1992. Donald L. M. Blackmer, Sydney Tarrow (ed.), *Communisme in France and in Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1977

²⁰ Neil McInnes, *Los partidos comunistas de la Europa occidental*, Ed. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977

El esquema teórico utilizado para analizar a los partidos comunistas es similar al de Panebianco, enfatizando más los conflictos de intereses entre burocracias, en este caso la del partido local y la del partido soviético, que su visión como organizaciones revolucionarias, es decir, conducidas por un fin predeterminado que guía su conducta, empeñadas en conquistar el poder para alcanzar el socialismo.

El papel de los partidos comunistas en las sociedades europeas ha seguido una evolución marcada por la coyuntura histórica y la tutela soviética, muy fuerte al inicio, pero debilitándose. De partidos insurreccionales y combativos al principio, pasan a jugar un papel de defensa de la democracia durante el asalto que ésta sufre por parte de los movimientos fascistas de los años de entreguerras. Derrotado este peligro en la segunda guerra mundial, y encontrándose rápidamente en un mundo polarizado y dividido en zonas de influencia durante la guerra fría, los partidos comunistas en Europa occidental abandonan sus aspiraciones subversivas para adoptar, formando una contrasociedad, un papel de tribunos del proletariado y de defensa de las posiciones internacionales de la Unión Soviética. Sin embargo, el final de la guerra fría propició la participación más “normalizada” de los partidos comunistas en las instituciones representativas de las democracias occidentales.

Desde la segunda perspectiva, es decir, desde el examen de los partidos comunistas como parte de una investigación sobre modelos y sistemas de partidos políticos, los estudiosos de éstos han establecido diferentes tipologías en función de aspectos distintos que han considerado relevantes para ofrecer una explicación en torno a su origen, evolución, funciones que cumplen, etc. El elevado número de estos estudios ha llevado a clasificarlos según diferentes criterios.

Para Manuel Alcántara Sáez²¹ las tipologías responden a cuatro tipos de criterios: numéricos, ideológicos, estructurales y funcionales. Los primeros se ocupan del número de partidos existentes en un sistema político. Los criterios ideológicos se refieren a la clasificación de los partidos a partir de la interpretación que hagan de la condición humana, de las causalidades de la existencia de los individuos como realidades sociales y de la justificación de sus actividades. Los ejes vertebradores de estos criterios han sido cuatro: la confesionalidad religiosa, la relación entre lo privado y lo público, la territorialidad como argumento que opone el centro a la periferia, y el

²¹ Manuel Alcántara Sáez, “Las tipologías y funciones de los partidos políticos” en *Curso de partidos políticos* (VV.AA.) Ed. Akal. Madrid 1977.

eje surgido como consecuencia de la división de la sociedad en clases. En realidad esta es la clasificación que propone Stein Rokkan²². Los criterios estructurales por su parte tienen una concepción del partido entendido como un sistema de organización interactivo más que una mera agrupación de individuos, admitiendo tres identificaciones en tanto que grupo de apoyo, red de información y sistema de decisiones, y aunque pone el acento en el aspecto organizativo de su estructura interna tiende a identificarse con el último de los criterios. Por último, los criterios funcionales permiten conformar taxonomías más versátiles que permiten una mayor interrelación con teorías politológicas de mayor alcance, y al estar relacionados con los distintos regímenes políticos, que a su vez sufren un proceso permanente de mutación, hacen que sus funciones sufran continuas variaciones.

Desde otro enfoque La Palombara y Weiner²³ han dividido en tres puntos de vista diferentes las distintas posiciones teóricas en torno al origen de los partidos políticos. El primero sería el de las teorías institucionales, que ponen de relieve la relación existente entre los Parlamentos y los partidos políticos y cuyo mejor representante es Maurice Duverger, para quien los partidos políticos tienen su origen en la relación que establecen los grupos políticos con el Parlamento. El segundo punto de vista está compuesto por las teorías de la situación histórica, que ponen el énfasis en la importancia que las crisis y las rupturas históricas de los sistemas políticos han tenido en el nacimiento de los partidos políticos, y cuyo representante paradigmático es Stein Rokkan. La tercera perspectiva es la de la teoría del desarrollo que sitúa el origen de los partidos en los procesos de modernización.

Von Beyme²⁴ por su parte propone una clasificación en diez familias de partidos que se diferencian según los conflictos de los que han surgido y por su ideología; estas

²² Stein Rokkan encuentra la causa de la diferenciación de los partidos políticos en el proceso de construcción del Estado nacional europeo en el transcurso del cual éste tuvo que resolver cuatro tipos de cleavages: El primero hace referencia al enfrentamiento entre el centro y la periferia, y de la manera en que sea resuelto puede se puede ver aparecer partidos de ámbito estatal y partidos de tipo localista de diferente naturaleza: autonomistas, regionalistas, separatistas o independentistas. El segundo cleavage se deriva del enfrentamiento entre las tendencias a la secularización del poder y las que pretenden mantener la influencia de las estructuras religiosas, lo que da lugar a la distinción entre partidos laicos y partidos confesionales. El tercer cleavage se origina como consecuencia del enfrentamiento entre la ciudad y el campo derivado del proceso industrializador y que origina partidos campesinos. El último cleavage es la fractura entre el trabajo asalariado y el capital que va a dar lugar a la aparición de partidos obreros frente a los partidos de origen burgués.

²³ J. La Palombara; M. Weiner (comp.). *Political parties and political development*. Princenton UP, 1966

²⁴ Klaus Von Beyme, op. cit.

familias son: Liberales, contra el antiguo régimen. Conservadores. Partidos obreros, desde 1848. Agrarios, contra el sistema industrial. Regionales. Partidos cristianos. Comunistas, contra la socialdemocracia. Fascistas. Partidos de protesta de la pequeña burguesía. Movimientos ecologistas.

De entre todas estas tipologías y autores nos vamos a centrar en dos de los más significativos, el análisis de Maurice Duverger y el de Angelo Panebianco.

La obra de Maurice Duverger²⁵ está escrita en 1952 y, por lo tanto, su análisis está condicionado por dos elementos a tener en cuenta; el primero, de origen temporal, se refiere al hecho de que en esos momentos se vivían las tensiones de la guerra fría y los partidos comunistas se encontraban en el momento más álgido de la stalinización; el segundo, de origen geográfico, hace referencia al hecho de que Duverger tiene como principal partido para su observación al Partido Comunista Francés, que en esos momentos es un partido con una enorme potencia y uno de los más importantes del mundo no comunista. Duverger hace un estudio de los partidos políticos utilizando diversos criterios clasificatorios. En principio utiliza el origen de los partidos políticos para distinguir entre partidos de origen parlamentario y de origen exterior al Parlamento. Los primeros originados a partir de los iniciales grupos parlamentarios y los comités electorales. Los de origen exterior al Parlamento, son, por su parte, consecuencia del impulso originado por una organización preexistente cuya actividad está situada fuera del ámbito electoral: sindicatos, cooperativas, Iglesias, etc. Los partidos de origen exterior se diferencian de los de origen parlamentario en una serie de características comunes: su mayor centralización, disciplina o menor influencia del grupo parlamentario. Pero, además, hay una diferencia temporal entre los dos grupos, los de creación electoral y parlamentaria habrían sido el tipo predominante hasta el inicio del siglo XX, para, a partir de ese momento, perder importancia a favor de los partidos de creación externa. Otra diferenciación en la estructura de los partidos políticos es la referida a su composición indirecta o directa. Los primeros se distinguen porque sus miembros no son personas individuales sino organizaciones como sindicatos, cooperativas, ligas, etc., perteneciendo a este tipo tres categorías de partidos, los socialistas, los católicos y los agrarios. Por el contrario, los partidos de estructura directa, que son los más comunes, son aquéllos que afilian directamente a individuos.

²⁵ Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1984

Duverger distingue unas estructuras de base diferentes en los partidos políticos, que habrían seguido una línea evolutiva desde una cohesión laxa y descentralizada en los primeros partidos burgueses, hasta la estructura fuertemente cohesionada, disciplinada y centralizada que caracteriza a los partidos comunistas, basados en células, y a los partidos fascistas, basados en milicias, pasando por la estructura que triunfó con los partidos socialistas, la sección. También es posible distinguir en los partidos políticos una articulación débil o fuerte, pudiéndose comprobar una clara correlación según se avanza desde el comité a la sección y de ésta a la célula o la milicia con un desplazamiento desde una articulación débil a una fuerte. La articulación cobra más sentido teniendo en cuenta su orientación, es decir, si predominan los enlaces verticales o los horizontales en el interior de la estructura. En la práctica solo existen partidos de enlaces verticales y de enlaces mixtos, donde los verticales predominan sobre los horizontales. La tendencia es a que en los partidos con articulación fuerte predominen los enlaces verticales. La manera en que están repartidos los poderes entre los escalones de la dirección indica el grado de centralización o descentralización de los partidos políticos. La descentralización puede ser de distinta naturaleza: local, ideológica, social y federal. La centralización, por su parte, adquiere dos formas, la aristocrática y la democrática.

Una línea evolutiva ha separado también a los partidos de cuadros de los de masas. Los primeros reclutaban notables influyentes para preparar las elecciones; fueron propios de los regímenes de sufragio censitario, correspondiendo a partidos burgueses. Su decadencia sobrevino con la extensión del sufragio universal dejando paso a los partidos de masas, cuyo paradigma son los partidos socialistas. En cuanto a los partidos comunistas y fascistas, Duverger duda sobre su ubicación, preguntándose si no se tratará de una concepción de partido nueva, la de los partidos de fieles, más abiertos que los de cuadros, pero más cerrados que los de masas.

En relación con la manera en que participan los militantes en la actividad del partido se pueden distinguir dos categorías: los partidos totalitarios y los especializados. En los primeros la vida entera del militante está supeditada al partido. En los partidos políticos especializados, por el contrario, éstos ocupan un lugar secundario en la vida del individuo. Para analizar los lazos de participación de los militantes, Duverger utiliza las categorías de comunidad y sociedad de Tönnies y la de orden de Schmalenbach. Así en los partidos burgueses predominan los lazos de tipo societario basados en el interés y la voluntad. Los partidos socialistas serían el

prototipo de partidos comunitarios. Por último, los comunistas y los fascistas serían partidos-órdenes en los que se demanda un compromiso total de los miembros con el partido y una disciplina rigurosa.

En lo referente al nivel de democracia interna, Duverger muestra cómo las normas democráticas son sustituidas en la práctica por técnicas de reclutamiento autocrático como la cooptación, la designación por el centro, etc.; diferenciando, en este sentido, los partidos que practican la autocracia abiertamente, los fascistas, y los que la practican de manera disfrazada, que son la mayoría, a través de diversos procedimientos.

A partir de estos elementos utilizados para la construcción de modelos de partidos políticos, Duverger caracteriza a los partidos comunistas por los siguientes rasgos: centralización intensa, sistema de enlaces verticales que establece una separación rigurosa entre los elementos de base y asegura una disciplina estricta, una dirección basada en métodos autocráticos y con una influencia mínima de los parlamentarios. La lucha electoral representa una actividad secundaria en su estrategia al lado de la actividad propagandística y de agitación apoyada en la movilización de las masas. El sustrato que le sirve de apoyo es una doctrina rígida y totalitaria que exige una total adhesión política, un compromiso absoluto que elimina toda separación entre vida pública y privada. Desarrollan una adhesión irracional sobre sus miembros, fundada en mitos y creencias de naturaleza religiosa. Estas características son consideradas comunes tanto a los partidos comunistas como a los fascistas, a los que separa una profunda diferencia tanto por su estructura (células/milicias), como por su base social (clase obrera / clases medias y burguesas) o sus doctrinas y filosofías (fe en las masas, igualitarismo, creencia en el progreso / fe en las élites, aristocratismo, visión pesimista descansando en valores tradicionales y primitivos).

Los partidos comunistas aparecen claramente con todos los rasgos propios de los partidos de origen externo al Parlamento. Su elemento de base, y aportación original en este sentido, es la célula. Por su naturaleza y dimensión ejerce una influencia muy intensa sobre sus componentes, está mejor adaptada que la estructura de los partidos socialistas para la acción clandestina. La propia elección de la célula como base organizativa entraña una evolución profunda del concepto de partido político pues su fin ya no es la conquista de votos, sino la movilización de masas y, eventualmente, la acción clandestina, jugando las elecciones y la actividad parlamentaria un papel secundario. Su significado más revelador es que supone una ruptura entre el régimen

político y los órganos que ha engendrado para asegurar su funcionamiento. Sin embargo, en los partidos comunistas occidentales el atractivo de la célula ha ido disminuyendo a favor de las secciones, habiendo jugado un papel importante en este sentido la mayor participación electoral y parlamentaria, para lo cual la célula no es el tipo de organización más adecuado.

Los partidos comunistas se encuentran entre los partidos de articulación fuerte y son el mejor ejemplo de sistema riguroso y coherente de enlaces verticales mediante el cual se bloquea cualquier desarrollo de fracciones u oposiciones dentro del partido y se mantiene así la unidad y la homogeneidad. Se trata de partidos centralizados. La supresión de la descentralización ideológica en el Partido Bolchevique, cuyo efecto es una cierta autonomía para las tendencias y fracciones, le hizo cristalizar en un partido centralizado que se impuso como modelo a los nacientes partidos comunistas. Sin embargo, éstos han presentado este carácter matizándolo como centralismo democrático para diferenciarlo del autocrático. Duverger les reconoce, con admiración, su eficacia y un cierto carácter democrático en cuanto existe la preocupación constante por conservar el contacto con la base, tomando en cuenta sus opiniones y su apoyo para aplicar las decisiones, en cuyo proceso de adopción se permite la libre discusión, para después de ser tomadas aquéllas exigirse un riguroso acatamiento y disciplina.

El comunista es considerado como un partido de militancia totalitaria, un partido-orden. Tanto la vida profesional como el tiempo libre de los militantes está consagrada al servicio del partido, rompiendo cualquier barrera diferenciadora entre vida pública y privada. El esfuerzo totalizador del partido se despliega en dos planos: en el material busca encuadrar todas las actividades del individuo a través del desarrollo de organismos anexos relacionados con una gran variedad de actividades. En el plano espiritual la totalización se expresa en que el partido brinda a los militantes un marco general de ideas, un sistema total de explicación del mundo.

Como partido totalitario, el comunista se distingue por su carácter sagrado, considerado por los militantes como todopoderoso e infalible, elevado a la dignidad de un fin en sí mismo. Los partidos comunistas son asimilados a la categoría de Orden sobre la base de la concepción leninista y estalinista del partido como agrupación de los elementos más conscientes y decididos de la clase obrera. Son rasgos característicos de la Orden el compromiso total que el partido demanda de sus militantes, el espíritu de comunión y abnegación que promueve, el desapego de los bienes materiales, así como la vida austera y la disciplina que les exige. En la época en que escribió la obra,

Duverger no podía prever la futura evolución de los partidos comunistas, y más en concreto de los europeos, y en ese sentido debe entenderse el escepticismo que expresa sobre la posibilidad de que estos partidos siguieran la misma evolución que los partidos socialistas, los cuales en un principio llegaron a aproximarse al sistema de dominio sobre sus miembros que aplica la Orden, para luego proceder a una relajación que les llevó a identificarse con el tipo de comunidad. Duverger pensaba que la propia estructura de los partidos comunistas y la política de depuraciones y purgas periódicas evitarían que éstos se distanciasen de su estructura de Orden.

Una perspectiva distinta en el estudio de los partidos políticos es la de Panebianco²⁶ que se centra en la dimensión del poder en la organización, haciendo de la dinámica de la lucha por el poder en su seno la clave principal para comprender su funcionamiento y los cambios que experimenta. Se trata de una perspectiva, como reconoce el propio autor, vinculada a las teorías de Michels, Pareto y Mosca. En esta perspectiva se concede un peso fundamental al momento fundacional del partido, que condicionará la vida del mismo durante toda su existencia, y se rechaza lo que se consideran dos prejuicios comunes a gran parte de la literatura sobre los partidos, el principio sociológico y el teleológico. Según el primero, las actividades de los partidos políticos son vistas como el producto de las demandas de los grupos sociales que representan; este prejuicio impide ver que entre los partidos políticos y el sistema de desigualdades sociales existe una relación compleja. El principio teleológico consiste en atribuir a priori fines determinados a los partidos políticos y por lo tanto en deducir sus actividades y características organizacionales de dichos fines.

Panebianco concibe el partido político como el resultado de un equilibrio entre una serie de dilemas organizativos. El principal es el que se plantea entre el partido entendido como sistema de fines de la teoría racional y el partido entendido como organización, y en cuanto tal, fin en sí mismo. Desde este punto de vista la evolución de todo partido viene marcada por la continua adaptación de esos fines a la supervivencia de la organización, lo cual incluye la persecución de otros objetivos diferentes y supuestamente intermedios respecto a los intereses. Ahora bien, los partidos políticos no pueden prescindir de sus fines originarios, ya que éstos constituyen una fuente insustituible de legitimidad en forma de "incentivos colectivos". Por otro lado, es necesario llegar a un equilibrio entre aquellos incentivos y los que

²⁶ Angelo Panebianco, *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*, Alianza Editorial, Madrid, 1990

Panebianco denomina "incentivos selectivos", que representan una clase de incentivos de tipo material y de status, y que se utilizan para recompensar y mantener la disciplina de los cuadros dirigentes de la organización.

Otro dilema que se les presentan a los partidos tiene que ver con su relación con el ambiente en el que se desarrollan y respecto al cual caben dos actitudes, o bien de conquista o bien de adaptación al mismo.

La organización partidista es contemplada como una serie de círculos concéntricos. El primero de ellos está compuesto por el electorado y, dentro de él, por el "electorado fiel". El segundo círculo está formado por los afiliados, cuya diferenciación con los militantes no es muy precisa. Entre estos últimos Panebianco distingue dos categorías, los creyentes y los arribistas. Los "creyentes" se encargan de recordar a los líderes los objetivos finales y de conservar la legitimidad ideológica. Los "arribistas", por su parte, son movidos por los incentivos selectivos y constituyen la cantera de los candidatos al relevo del liderazgo y la fuente de las escisiones en el partido.

Un partido político siempre está dirigido por una coalición dominante, cuyo proceso de cristalización suele estar plagado de dificultades. Para analizar una coalición dominante Panebianco utiliza tres criterios diferentes. El primero es el grado de cohesión interna, cuya expresión visible es la existencia o no en el partido de facciones o tendencias. El segundo criterio es el grado de estabilidad de una coalición dominante, que va a estar en función de la capacidad de liderazgo para distribuir incentivos selectivos e incentivos colectivos. El tercer criterio es el mapa de poder, con el cual se indica el tipo de relación existente entre las distintas áreas organizativas del partido.

Los factores que más influyen en las características definitorias del partido político son la relación con su entorno, su trayectoria histórica y especialmente el modelo originario. Este último es el fruto de la conjunción de tres aspectos fundamentales en el nacimiento del partido. El primero hace referencia a la forma que toma la expansión de la organización bien por penetración territorial, bien por difusión. El segundo aspecto tiene en cuenta la existencia o no de una organización externa que patrocine al partido político. De producirse este caso, las lealtades internas del partido quedan mediatizadas y la organización que practica la tutela puede ejercer una gran influencia en el partido político, por lo que puede hablarse de partidos de legitimidad interna y partidos de legitimidad externa. El tercer aspecto se refiere al origen

carismático o no del partido político, es decir, de sí, en su nacimiento, el partido fue la creación de un líder carismático.

Por último, Panebianco se refiere a la institucionalización de un partido, proceso mediante el cual éste incorpora como propios los rasgos del modelo originario, en cuya definición el liderazgo fundacional tuvo un peso determinante en la formulación de objetivos y formas de actuación. En el proceso de institucionalización concurren dos circunstancias: el que los diferentes dirigentes estén interesados en el mantenimiento del partido, y el que sea capaz de desarrollar y mantener hacia él la lealtad de sus afiliados y electores. Según el grado de autonomía que el partido adquiriera respecto a su entorno social, el resultado del proceso puede desembocar en una institucionalización fuerte o débil.

Para Panebianco es claramente detectable la influencia del modelo originario en la conformación de los partidos comunistas, modelo que se distingue por la presencia de una organización patrocinadora externa, la Internacional Comunista. El proceso de bolchevización de los partidos comunistas desembocó en organizaciones fuertemente institucionalizadas, controladas por coaliciones dominantes cohesionadas. Sin embargo, este rasgo les hace aparecer como una excepción al modelo según el cual los partidos de legitimación externa desembocan en una institucionalización débil. La explicación que se ofrece a esta anomalía es la de que la organización patrocinadora de los partidos comunistas, la Komintern, si bien posibilitó la autonomía de aquéllos respecto al ambiente nacional, lo fue al precio de su subordinación a la organización internacional respecto de la cual dependía su legitimación (la revolución de octubre, la patria del socialismo, Lenin o Stalin van a ser los símbolos que convoquen lealtades). Esta peculiar relación es la responsable de que estos partidos se alejen de la normal evolución desde una situación de ideología manifiesta a otra en la que la ideología se hace latente, y explica asimismo el por qué, a pesar de su burocratización y el desarrollo de características propias de un sistema de intereses, siga manteniendo paralelamente atributos propios de los sistemas de solidaridad como son el mantenimiento de un nivel de participación relativamente alto, o el hecho de que la burocracia del partido además de recibir incentivos de tipo material o de status también se aferre a incentivos de identidad (la mística del revolucionario profesional). Cuando la lealtad a la institución externa se va transfiriendo al propio partido, entonces se produce un cierto proceso de desinstitucionalización cuyos rasgos más sobresalientes

son la incipiente división en facciones del grupo dirigente, una disminución del nivel de participación y la tendencia de la ideología a hacerse latente.

Igualmente considera que se trata de potentes organizaciones burocráticas en las que el sistema de incentivos colectivos y selectivos se halla en manos de unas élites reducidas, y en las que las luchas internas son luchas de tendencias, es decir, competiciones entre grupos escasamente organizados. Para terminar, Panebianco interpreta la dicotomía que se produce en los partidos comunistas entre su praxis reformista y su lenguaje revolucionario como el resultado de una articulación, y no una sustitución, de fines; de esta manera se reafirma la meta original (la revolución o el socialismo) porque es necesario para mantener la identidad colectiva del partido, mientras que, por otra parte, las prácticas reformistas garantizan la estabilidad organizativa, justificándolas con el argumento de que no representan ninguna contradicción, sino una estrategia más lenta al socialismo.

CONCLUSIONES

En el contexto del marxismo, los partidos comunistas fueron el fruto de una innovación organizativa llevada a cabo por Lenin en relación tanto a la propia posición de Marx y Engels como al modelo dominante de organización marxista en ese momento, los partidos de la Segunda Internacional.

La concepción predominante en Marx y Engels sobre el papel de los comunistas, su falta de compromiso con algún tipo concreto de organización a lo largo del tiempo, utilizando las existentes en un momento determinado y mientras fuesen útiles para proceder a su disolución cuando acababa esta utilidad, todo ello unido al hecho de que las dos revoluciones que conocieron a lo largo de su vida, la de 1848 y la Comuna de París, se saldaron con sendas derrotas para el proletariado, no ha permitido que en este aspecto, que devendría decisivo, fundasen una doctrina clara que pudiera pesar en sus continuadores a la manera en que lo hicieron otros aspectos de su pensamiento.

El prestigio adquirido desde finales del siglo XIX por el modelo de partido socialdemócrata, cuyo mejor exponente era el alemán, y cuyos fundamentos se encontraban tanto en sus éxitos electorales como en el apoyo más o menos crítico recibido especialmente de Engels, hacía que las concepciones de Lenin en 1903 fueran heréticas en el universo organizativo marxista. Sin embargo, la quiebra, primero del

modelo organizativo dominante con la guerra de 1914, y después, el triunfo de la revolución soviética en 1917, cambiaron totalmente los datos del problema. El período revolucionario abierto en octubre de 1917 se cerró rápidamente en Europa tras varias derrotas sucesivas del movimiento obrero, con lo cual ninguna otra alternativa organizativa dentro del movimiento revolucionario (por ejemplo la de Rosa Luxemburgo) pudo compensar el dominio del tipo leninista de organización que devino prácticamente exclusivo con dos variantes, la de los partidos comunistas y la de los trotskistas, ambas reclamándose originarias del mismo tronco común pero enfrentadas agudamente entre sí.

No cabe duda de la eficacia demostrada por el partido bolchevique para alcanzar el poder, así como la de los partidos comunistas en momentos de grave conflicto o guerra, como son el ejemplo del partido francés o el italiano durante la resistencia, el de los comunistas yugoslavos, o la del PCE durante la dictadura franquista. Esta eficacia provenía tanto de una mística de la revolución, que era capaz de galvanizar las energías de sus militantes para hacerles confrontar enormes sacrificios, como de la existencia primero de un país y después de un " campo " socialista cuya ayuda era inestimable. Así se forjó un tipo de partido, perfectamente descrito por Duverger, dónde la burocratización creciente de sus estructuras fue paralela a la degeneración totalitaria en la Unión Soviética. Prácticamente, pues, desde sus inicios se planteó crudamente la cuestión de sí este instrumento tan eficaz para alcanzar el poder era el adecuado para sus fines, la emancipación de la clase trabajadora. El dogmatismo, la disciplina férrea, la ausencia de libertad en su seno no parecían características coherentes con los objetivos propuestos, y Rosa Luxemburgo se había encargado de ponerlo en evidencia.

Marx y Engels se habían ceñido más al modelo de revolución que estudiaron en la burguesía como una clase que, a través de diversas revoluciones, fue consolidando su poder sobre la antigua sociedad sin necesidad de ser dirigida por un partido concreto. Lenin rechazó ese modelo por otro en el que el protagonismo de la revolución, su éxito, dependía sobre todo de la construcción de un partido adecuado a esa tarea, y cuyo resultado final parece una mezcla de aspectos blanquistas y marxistas.

Si fuese la concepción de Marx y Engels la acertada, entonces habría de concluirse, como ellos hicieron, que, tras el fracaso de una experiencia revolucionaria (1848, la Comuna, entonces, la revolución soviética, ahora), es necesario desprenderse del tipo de organizaciones utilizadas en ese momento y esperar que la propia práctica de la clase obrera haga nacer un nuevo tipo de organización adecuado a las nuevas

circunstancias. Pero también es cierto que desde entonces las condiciones han cambiado notablemente, tanto por lo que respecta a la evolución del capitalismo y las formas políticas en que se encarna su dominación, como en cuanto a la estructura social subyacente.

Responsabilizar a Stalin y a las condiciones históricas de la época de la degeneración del partido, a partir de la previa purga de la vieja guardia revolucionaria, para justificar el caso soviético es un argumento que no se sostiene. Sus limitaciones son patentes en cuanto se percibe la misma orientación burocratizadora en los partidos comunistas occidentales, donde no se puede alegar la dura lucha clandestina o la ausencia de tradiciones democráticas para justificar la persistencia de un modelo copiado del soviético hasta el inicio de una bancarrota que les arrastrará con ella.

Una serie de circunstancias impactaron sobre el modelo originario de partido comunista a partir de mediados de los años cincuenta. La primera fue la desmitificación iniciada con el XX congreso del PCUS y la denuncia de los crímenes de Stalin; la segunda fue el comienzo de un largo período de estabilización del capitalismo y el alejamiento indefinido de cualquier perspectiva revolucionaria en el mundo desarrollado; la tercera y última fue la revalorización de los valores democráticos que se transformaron en argumento legitimador prácticamente exclusivo de cualquier forma de ejercicio del poder. El intento de adaptación de los principales partidos comunistas a estas circunstancias fue un proceso agitado, no exento de graves crisis y contradicciones, en el que fueron perdiendo paulatinamente sus rasgos más definitorios en un acercamiento hacia el modelo socialdemócrata de partido. Aquéllos otros que, por el contrario, no siguieron esta línea no hicieron más que acentuar los rasgos de sectas que ya poseían. En cualquiera de los dos casos su incidencia política y social en las sociedades occidentales, y en general en todo el mundo, ha disminuido de manera ostensible en los últimos años en un proceso que parece abocarles a la extinción o a la intrascendencia política.

